

CLARA

Como todos los meses desde que ella se fue, Cándido acudió al cementerio para charlar con ella.

Castro lo vio entrar y lo saludó desde lejos. Pobre hombre, se dijo, no se hace a la idea que ya no la tiene. No parecía afectado. Pero desde entonces, no había faltado una sola vez a su cita particular. El mismo día del mes que ella se fue, entraba indefectiblemente por la puerta, se sentaba frente a ella y empezaba a hablar solo. Pero esta vez llevaba algo entre las manos. Era una botella de vino y dos copas de cristal.

La noche caía lentamente y las pocas farolas que había se encendieron dando a la escena un aspecto siniestro y tierno a la vez. De repente apareció una luz blanca que fue cobrando fuerza. Castro no daba crédito a lo que veía. El corazón del sepulturero se oía cada vez con más fuerza. Un calor frío le entró por todo el cuerpo, le flaquearon las piernas y se desplomó en el suelo. Al mismo tiempo, Clara fue tomando forma hasta que se hizo realidad.

Alzaron la copa y los dos bebieron sonriendo, sin dejar de mirarse a los ojos. Si alguien hubiera podido verlos, habría distinguido claramente cómo el vino corría por sus gargantas y mientras lo hacía, sus sentidos los transportaban a parajes de ensueño. Ya no estaban allí sentados, caminaban entre nubes cogidos de la mano rodeados de luces blancas. Clara se le acercó y le dio un largo beso. El notaba que ella penetraba en su cuerpo, la absorbía, se llenaba de ella. Era tan grande el placer que sintió, que cerró los ojos, cayó al suelo y la luz desapareció.

Cada día cinco de mes, Castro desaparece del Camposanto con alguna excusa. No quiere estar cerca cuando el alma de Clara aparezca en un rincón, se abra una botella de vino y tras beber de dos copas, alguien siga sellando su amor con un beso.

Jose Carlos Torró